

## ***Juguete Rojo, por Diego Delgado***

La niñez, intensa y corta. Aprendizaje y descubrimiento, aunque siempre un poco de miedo implícito, tan natural como poderoso. Él, amaba sus viejas costumbres infantiles, sin embargo, ahora el tiempo había avanzado, las responsabilidades tomaron formas distintas. Su madre estaba orgullosa al verlo controlar las tareas de la vida cotidiana. Su padre, lo habría estado también, él se aferraba a creerlo.

En su mente la imagen de su padre era tenue, él se fue hace mucho tiempo -seis años, o la mitad de su edad actual-. La muerte constataba un misterio, a pesar de las constantes explicaciones de su madre ante las dudas que se le presentaban. Deseaba haberlo conocido, era descrito como alguien valiente por sus familiares y amigos, todos hacían hincapié en lo terrible de su pérdida.

-¿Papá era tan bueno como dicen? - la miraba en su cama mientras ella luchaba contra el dolor de su enfermedad -No lograba aterrarse por nada, o no lo demostraba. Probablemente antes de partir enfrentó sus últimos minutos mostrándose calmo, como de costumbre. Hoy trato de ser como él - dijo ella. Esas palabras sonaron sentimentales, pero extrañamente heladas. Ese día estaba realmente mal.

Los días continuaban pasando, en algunos su madre estaba adolorida como nunca antes, y en otros mejoraba dando esperanzas. Las noches eran acompañadas por angustia, y comúnmente por sueños. Éstos no siempre eran buenos, muchos de ellos lograron generar noches de desespero y enfriar el ambiente en la casa.

Esa tarde se sintió un destello de curiosidad en él, ya estaba cansado, quería saber qué pasó cuando acabó la vida de su padre. No quiso preguntarle a ella, ya que era uno de esos malos días, de los peores de hecho. Sus quejidos resonaban en cada rincón dentro de su hogar cada cierto tiempo, la enfermedad parecía empeorar. Él se determinó a hacer una búsqueda en los cajones de un mueble antiguo posado en un cuarto junto a innumerables cajas, libros, juguetes y otras cosas repletas de polvo.

Pasó un rato buscando entre todo, extrañamente no fue interrumpido por los llamados de su madre. Vio un tren pequeño, rojo. No lo veía hace tiempo. Luego encontró un periódico, quitó con sus dedos un poco el polvo para descubrir el titular: “ES ENCONTRADO CUERPO EN EL BOSQUE”. De inmediato siguió leyendo, solo para darse cuenta que ese cuerpo era el de su padre. Lágrimas se asomaron en sus ojos al saber que fue asesinado, estando ahí, en un bosque, sólo.

No le mencionó nada a ella, pensó que sí se daba cuenta que sabía la verdad solo aumentaría su pesar pasajero, como siempre. Angustia y más angustia, sintió un nudo que ataba su garganta. Caminó a su habitación y justo antes de entrar escuchó su voz -*¡Julián!* - *El deber llama*, pensó. Atendió a su madre, controlaba la lluvia de sentimientos lo mejor posible para que ella, entre quejas, no notara nada fuera de lo común.

Cayó la noche, Julián cansado, triste, acogió su cama como el lugar para olvidar. Ya casi dormía, solo rogaba para no soñar con nada que empeorara aquello que sentía, lo que muchos describirían como una mezcla indescriptible de tristeza y temor. Sin embargo, tan pronto como sus pestañas se cerraron, el “destino” mezquinamente no atendió a sus ruegos. Le tocó una mala noche.

Julián se visualizaba en un bosque, el lugar era húmedo, se podía notar a simple vista. Se palpaba una especie de tristeza. El tono gris del suelo solo lograba aumentar esta sensación. Sentía que era un niño, aún más pequeño de lo que era fuera de ese abstracto momento. Estaba desconcertado, a pesar de eso, reconoció una sola cosa, un juguete. Éste

estaba en el piso y se podía denotar instantáneamente debido a su color llamativo, rojo, más específicamente. Él lo sentía familiar, por lo que impulsivamente lo tomó en cuestión de algunos segundos. Fue un acto por inercia, algo sin mucha razón, algo característico de un niño pequeño, mera curiosidad. Somos curiosos por naturaleza. Julián lo era, recordó casi por milagro que más temprano lo había visto en su búsqueda en los cajones.

Estaba mirando fijamente el juguete ahora hallado en sus manos, lo observó en todo su trayecto desde el suelo hasta el nivel de su visión. Todo era confusión. Al volver la mirada al frente, algo resaltó en su vista, incluso más que el rojo tren de madera. Esa cosa, irónicamente no era de un color vívido, sino más bien, todo lo contrario, destacaba por un negro tan profundo que hizo que ni siquiera pudiera analizar qué se encontraba delante de él.

Levantó un poco más la mirada; logró ver lo que parecía ser una forma humana, sólo que mucho más grande, muchísimo más grande que cualquier persona que él hubiera visto. Su cara se mostró poco a poco, pues estaba de espaldas. Posteriormente, le mostró su sonrisa, oscura como alguien podría imaginar, y en esa ocasión no era oscura por su color, era por el terror que le causó.

Giró el resto de su cuerpo y rostro, hasta que se encontraron cara a cara, Julián y lo que sea que fuese esa tenebrosa forma. Logró destacar una especie de vestimenta negra que contrastaba con el amarillo de sus ojos, penetrantes. No podía moverse, ni en el sueño, ni en su cama. Ese *alguien*, decidió caminar un paso a la vez, hacia el pequeño Julián, muy lentamente, mientras, él luchaba por correr o, en el mejor de los casos, despertar. Bastaron unos cinco pasos para que su mano extendida lograra estar tan cerca de él como para arrebatarse aquel juguete de sus manos, tan paralizadas como el resto de su cuerpo, susurrando algo que no pudo entender. En ese punto se iluminó en Julián el recuerdo de ese tren, su padre se lo había regalado mucho tiempo antes. Estaba sintiendo algo tremendamente fuerte, escalofríos y sudor se unían para empeorar la situación.

Despertó. El sabor amargo en su boca, solo pudo ser opacado por la sensación de que *alguien*, o *algo*, lo veía, estando ahí, en su habitación, sólo.